

[Otra edición en: *Las Ciencias* 2, n.º 3, 1935, 687-694. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*, con la paginación original].

© Martín Almagro Basch

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Una colección de arte Inca

Martín Almagro Basch

[-687→]

No es posible calcular todavía las consecuencias que para el renacimiento de los estudios americanistas en España han de derivarse de la Exposición de Arte Inca (Colección J. Larrea) celebrada esta primavera en la Biblioteca Nacional. Mas sobran razones para predecir que serán, felizmente, tan numerosas como decisivas. Ya el acto de su inauguración constituyó por sí solo un acontecimiento consolador para cuantos se interesan culturalmente por las cosas de América. Asistieron a él el Presidente de la República, los representantes diplomáticos de las naciones hispanoamericanas y relevantes personalidades de la intelectualidad española, que oyeron de labios de D. Rafael Altamira un documentado análisis de la historia—y falta de historia—de los estudios americanistas en España, en el que puso de manifiesto el interés de tal exposición y los anhelos y horizontes que en torno a esta rama del saber se sienten hoy en nuestra patria. A continuación D. Juan de Osma, ministro del Perú, pronunció un discurso rico de sugerencias y tan fecundo en el terreno de nuestras realidades históricas, que bien puede afirmarse que no sólo fue una exposición lo que oficialmente se inauguró en aquellos momentos, sino una nueva época del proceso cultural hispanoamericano. A la que también quisiéramos contribuir nosotros en la medida de nuestras fuerzas.

Con este objeto aprovechamos la ocasión que se nos ofrece para llamar la atención sobre estos atractivos estudios, ayudando de paso a comprender y estimar la importancia científica de las series principales contenidas en colección de tan excepcional interés. Para darse exacta cuenta de ese interés es menester recordar el estado embrionario en que se encuentran los conocimientos arqueológicos americanos en general y el de las culturas andinas en particular. A pesar de lo mucho que se ha trabajado estos últimos años, faltan todavía materiales sobre los que **[-687→688]** poder asentar ideas y bases científicas firmes referentes al pasado pre-hispánico de los pueblos andinos. De aquí se deduce fácilmente la importancia de este conjunto de antigüedades recogidas en el propio suelo del Cuzco o de sus alrededores y el valor extraordinario de muchas de sus piezas. Para comprenderlo así, nada mejor que hacer un ligero recorrido de sus series más destacadas, señalando al pasar, aunque sea brevemente, la significación arqueológica de algunos objetos que reclaman especiales comentarios. Esto es lo que hoy nos proponemos hacer, ya que el estudio amplio y circunstanciado de la misma será objeto de otro trabajo que se llevará a cabo dentro de poco tiempo. En efecto, es intención del profesor Trimborn, titular de la cátedra de Arqueología americana fundada por la Academia de la Historia, dedicar las actividades del seminario durante el próximo curso al estudio de esta misma colección de antigüedades.

Se hallan representadas en ella todas las manifestaciones del antiguo arte inca; cuanto constituía aquel mundo que encontraron los españoles, puede, ser apreciado en este núcleo de objetos que dan testimonio de peculiares ritos funerarios y civiles y de técnicas industriales avanzadísimas, mostrándonos un sentido del arte propio de una sociedad organizada y poseedora de una cultura adelantada y compleja. Difícil tarea resultaría, por

tanto, la de recoger la significación diversa de cerca de 600 objetos en los que se refleja íntegra la actividad industrial y artística del pueblo inca, productos de aquel sentimiento ponderado de los hombres del Cuzco, gracias al cual el arte incaico vino a ser algo así como el arte clásico de la serie de altas culturas precolombinas de América del Sur. Nos releva de esa difícil tarea el catálogo editado con motivo de esta exposición, obra tan completa en su divulgadora brevedad que constituye un tratado de arqueología incaica.

Hablaremos primeramente de lo que es primero para la arqueología: la cerámica. Hay en la colección Larrea unas 150 piezas, muchas de ellas espléndidas y algunas únicas, donde puede admirarse el grado de perfección a que llegó la alfarería, no sólo en el típico estilo cuzqueño, sino en aquellos otros que muestran influencias de los diferentes pueblos que directa o indirectamente intervinieron en las concepciones artísticas de aquella región. No es posible—además sería superfluo—citar todas las piezas excepcionales propias del estilo cerámico inca. Haremos mención, sin embargo, de unos vasos pertenecientes a la cultura de Tiahuanaco que en remotos tiempos dominó la comarca cuzqueña. Ofrecen representaciones de un extraño rito en el que intervienen el hombre y la llama, o muestran la típica ornamentación rígida con [-688→689] tendencias a un arcaísmo geometrizable, propio de aquella cultura que tuvo siempre un sentido complicado y simbólico de la decoración. Mas la mayor parte de los vasos cerámicos pertenecen al apogeo incaico, y nos hacen admirar la riqueza y perfección de formas y el gusto decorativo de los alfareros de aquel pueblo. A pesar del interés primordial que ofrecería para entroncar los posibles orígenes de la cultura inca, es cuestión todavía por estudiar la procedencia y el proceso evolutivo de esa serie de formas cerámicas, tan constantes como típicas, durante la época del imperio. Algunos vasos, como el *p'uyñu* o aríbalo ofrecen variantes en la decoración y hasta en la forma, mas sin que sea posible fijar las etapas progresivas de una evolución y menos avanzar una cronología de los mismos. Sus asas y el botón central que ostentan debajo del cuello, han surgido indudablemente de la manera de transportar tales vasijas, habiéndose convertido en meros elementos decorativos tradicionales que se propagan a recipientes de idéntica forma, pero de tan reducido tamaño, que los hacen innecesarios como elementos de sustentación. Este género de vasos era empleado, según parece, para transportar la chicha, y su forma se ha extendido allá donde el imperio inca llevó su dominación adaptándose a los estilos locales, como puede verse en vasos de la misma colección que guarda magníficos ejemplares de aríbalos, desde el del tamaño más diminuto hasta los enormes de un metro de altura. La decoración de éste, que pudiera llamarse vaso nacional inca, consiste en fajas verticales de dibujos geométricos pintados con colores variados y combinados delicadamente, presentando el conjunto un sereno y gustoso movimiento que contrasta con aquella rigidez, a que nos hemos referido, del arte de Tiahuanaco.

Otro recipiente típico para cuya decoración parece reservarse a veces una amable fantasía, es el llamado *p'ucu* o plato ornitomorfo, de una finura de concepción que puede rivalizar victoriosamente con el de cualquier arte por muy refinado que sea. En algunos ejemplares realmente admirables nos encontramos con curiosas estilizaciones animales que nos hacen desear el día en que llegue a descubrirse la génesis de las representaciones decorativas del arte cuzqueño.

Pero no sólo se halla representada en esta colección la cerámica inca, sino que también encontramos manifestaciones de los estilos cerámicos de las regiones que los incas dominaron. Así, en algunos vasos se percibe cómo el estilo naturalista de la región costera del N. del Perú se relaciona con el arte inca. Ejemplo de ello muy interesante es el recipiente cefalomorfo que lleva el número 180 de dicha exposición. Su tipo es idéntico a la serie de cabezas trenzadas, en barro negro, que [-689→690] aparecen con más fre-

cuencia en la región de Trujillo, aunque ya en otra ocasión hayamos sentado la hipótesis de que su origen más probable debe ser buscado, a nuestro parecer, en la tierra alta. El ejemplar que posee la colección Larrea se distingue por una mayor delicadeza de ejecución, por hallarse fabricado con arcilla roja y por presentar un orificio en la barbilla, particularidad frecuente en la cerámica cuzqueña. Efectivamente, el objeto procede del lugar de Paruro. En él, como en las cabezas trenzadas de la costa, aparecen una serie de dibujos incisos escaleriformes de origen muy antiguo, pues se encuentran ya en los vasos de la costa de la época protochimú, sin que sea probable la relación entre esta ornamentación geométrica y el arte de Tiahuanaco que pretende determinar Posnansky. Tales motivos decorativos han debido perdurar largo tiempo, aunque en este caso particular nos inclinemos a creer que la cabeza a que nos referimos sea anterior a la época inca. Con ello dispondríamos de un ejemplo más para poder fijar su origen en esta tierra alta, donde ya han aparecido ejemplares que, aunque remoto, guardan con estos objetos un cierto parentesco, no pareciéndonos probable el origen chibcha que señala Lehmann a tales manifestaciones artísticas ⁽¹⁾.

No podemos pasar adelante sin llamar la atención sobre la por todos conceptos interesantísima pieza descrita bajo el núm. 189. Representa un animal estilizado, una especie de caimán ejecutado en tierra negra, que ofrece una decoración incisa sumamente peculiar consistente en una huella producida por un objeto sin punta que ha servido para efectuar las incisiones que luego han sido rellenadas con colores vivos, de los cuales quedan débiles restos todavía. Solamente en Nievería encontró Uhle objetos de cerámica negra con una técnica decorativa semejante, aunque no hace mención de esta particularidad del relleno de color. Parece ser que tales objetos pertenecen a una capa muy próxima a la época inca o dentro de ella, en la que pueden señalarse influencias de la tierra alta. Por ello nos atreveríamos a decir, dado el lugar de procedencia de tal objeto (Acomayo, Depart.º de Cuzco) y después de los hallazgos de Chavín descritos por Tello, que es en la sierra donde hay que buscar el origen de estas técnicas de incisión que pueden distinguirse también, mas como algo esporádico, en otros estilos cerámicos peruanos, especialmente en la región chimú. Dichas técnicas decorativas van unidas principalmente a la cerámica de arcilla negra, estando esta [-690→691] ornamentación más en armonía con el espíritu grave de las regiones de la sierra y de las puna peruanas. Faltan, sin embargo, hallazgos con procedencia fija para poder ir localizando el origen y evolución de tal estilo cerámico, por lo que no es fácil clasificar con seguridad ni menos atribuir una cronología aproximada al hermoso y rarísimo objeto que estudiamos. Ciertamente es que sentimos tentaciones de atribuirlo a los comienzos del arte inca, época en la que esa técnica de incisiones tan limpia y especial pudo hallarse en vigor entre los incas, procedente de tiempos anteriores a la elaboración de su clásica cerámica pintada. Y así podría hallarse en relación con aquellas manifestaciones de cerámica negra de análogo estilo decorativo halladas por Uhle en Nievería y que Kroeber sitúa en los comienzos de la época inca, aunque en rigor no fuera imposible que nos halláramos ante un producto de algún foco cultural todavía desconocido de la tierra alta, anterior a la hegemonía del Cuzco y luego en parte asimilado por el arte inca. De todos modos, lo único que científicamente puede asegurarse es que, dados los conocimientos que actualmente se poseen sobre cerámica peruana, no es posible dar a este extraordinario objeto, sin riesgo a graves equivocaciones, ni una cronología fija, ni una atribución a una determinada cultura, ya que los hallazgos son poco numerosos todavía y las exploraciones científicas muy insuficientes.

¹ Véase: Lehmann, W. *Historia del Arte en el Antiguo Perú*. Barcelona, Lámina 88, pág. 39.

Por importante que sea la serie cerámica que acabamos de reseñar no es, sin embargo, la más valiosa de la colección, ya que el máximo interés parece corresponder a la serie de piedras esculpidas. Magníficos son los numerosos morteros tallados en piedras duras, de una factura difícil pero fina, y decorados con serpientes en alto relieve, con cabezas de puma o jaguar u otros motivos; aunque por el simbolismo que el reptil y el felino poseen, sean éstos los animales utilizados principalmente para decorar este género de artefactos que en lengua quechua se denominan *mutk'a*. A juzgar por la dureza del material, debieron ser fabricados más bien con fines rituales que para usos cotidianos, siendo desde luego una de las más típicas creaciones del arte inca. En esta colección existe una hermosa serie en la que se percibe la variedad de estilos a que se conformó el arte de Cuzco. Un elemento plástico tan sencillo como la serpiente, pasa de un estilo naturalista a la estilización por medio de líneas quebradas y al dibujo geométrico absoluto en forma de curva sin fin.

En piedras generalmente duras, existe también una serie de esculturas primitivas. Representan figuras humanas estilizadas, algunas de ellas con claras reminiscencias de las concepciones tiahuanacuenses. Es [-691→692] impresionante aquella que representa un feto humano dentro del útero. Mas por su valor artístico, sobresalen las representaciones de animales, principalmente el puma o la llama; los cuales, dentro de una estilización sencillísima, presentan tal gracia de líneas que se hallan muy cerca de las creaciones del arte actual.

Dentro de las esculturas que posee esta colección, sobresale como pieza única, de primer orden, una cabeza humana de granito gris. Hallada en Amarucancha, uno de los antiguos recintos de Cuzco, mide 380 mm. de altura, y representa, a juzgar por los atributos imperiales que ostenta, el *llautu* y la *mascapaicha*, la cabeza de una estatua desaparecida de un emperador inca, tal vez del divinizado y legendario Huiracocha. Es de notar que en la mayor parte de las antiguas crónicas, como las de Cieza de León, Garcilaso, P. Cobo, Relación Anónima, etcétera, se habla de la existencia de alguna estatua de piedra en el Cuzco y sus alrededores. La persecución de la idolatría fue tan completa, que cuando Squier visitó aquella ciudad en el siglo pasado, se sorprendió de la falta absoluta de esculturas, que contrasta notablemente con la abundancia que se observa en Méjico y América Central. Júzguese, pues, del interés de esta pieza que ofrece, por otra parte, la particularidad de mostrar dos técnicas escultóricas diferentes, pues el rostro y una parte de la insignia frontal han sido trabajados de nuevo en tiempo posterior al del resto de la obra, tratada con mayor finura de cincel y mejor estilo. Este notable ejemplar de escultura incaica, único que conocemos de tal significación y valor para el conocimiento de la plástica de aquel imperio, nos muestra el sentir clásico de la escultura a que habían llegado los incas, a la vez que una perfección técnica realmente admirable.

Sin embargo, quizá lo más importante que posee la colección, por el interés sumo que tiene para toda la arqueología peruana, a causa de los problemas que plantea, es la serie de 39 estatuillas en turquesa representando personajes. Su tamaño oscila entre 20 y 52 milímetros, y fueron encontradas en un estrato, a 5 metros de profundidad, en el pueblo de Piquillajta, situado en el camino natural que va desde el valle del Cuzco a la región alta de la puna y del lago de Titicaca, donde habitan los collas, y donde se desarrolló originariamente la cultura de Tíahuanaco. Como su más preciado tesoro, posee el museo de Cuzco otra serie de estatuillas semejantes halladas en el mismo lugar, y que han sido publicadas por Luis E. Valcárcel ⁽¹⁾. Aunque la serie que posee la [-692→693] colección Larrea merece una minuciosa monografía, sí diremos que las conclusiones obtenidas por el citado arqueólogo peruano no nos parecen hallarse en armonía con los elementos que

¹ *Revista del Museo Nacional*, Lima, 1933. Tomo II, núm. 1.

ofrecen dichas estatuillas para su clasificación. Frente a su opinión, nos inclinamos a creer que tal conjunto de figurillas no es incaico, es decir, no pertenece a la cultura que tuvo como capital a la ciudad de Cuzco que los españoles conquistaron. Se puede comparar la indumentaria de un gran número de tales estatuillas, con la que llevan algunas representaciones de vasos proto-chimús anteriores a la época de la cerámica negra y también a ciertos ornamentos de las figuras de Nazca, aunque en mucha menor proporción. Únicamente en tan antiguas culturas peruanas encontraremos elementos ornamentales que se pueden relacionar con los tipos que fueron tallados en turquesas para ese santuario extraño donde han aparecido enterradas. Dado el estado actual de la arqueología peruana no creemos que puede hacerse otra cosa que analizar detenidamente cuantos elementos ofrecen estas curiosas representaciones de personajes, que a veces parecen retratos de una perfección técnica y artística admirable. Sólo después de ese estudio minucioso se podrán establecer parentescos con los ejemplos de otras culturas ya determinadas, para llegar quizá a incluirlas en una de ellas. Desde luego, por lo que respecta a la cronología, nos parece que son anteriores a la dominación incaica.

Notabilísima es asimismo la serie de recipientes en madera que posee la colección. Unos son los vasos llamados *keros*, de aspecto campaniforme, y labrados con una técnica de incrustaciones sumamente curiosa, que se desarrolló mucho entre los incas y aún perdura en tiempos posteriores a la llegada de los españoles, perteneciendo a la época colonial no pocos de los ejemplares de la colección. Se adornan estos objetos con una decoración polícroma, a base de incrustaciones y colores minerales, representando escenas variadas, entre las que sobresalen las que figuran batallas en un país de fauna y flora tropicales. Por ello podrían relacionarse con las luchas sostenidas por los incas contra las *Antis*, pueblos de la cuenca del Amazonas, hasta los que llegó la expansión del imperio del Cuzco, y donde han debido surgir los motivos que adornan estos vasos de madera. De forma diferente, aunque de la misma técnica decorativa, son los *pajcha*, instrumentos provistos de un largo mango, por el que se desarrolla una canal serpentina, por el que se vierte el líquido. La finalidad de estos curiosos objetos no es fácil de explicar, pero debe relacionarse con ritos funerarios.

Sabido es que las civilizaciones americanas no traspusieron la [-693→694] llamada Edad del Bronce, ni alcanzaron la del Hierro, aunque aquélla llegara en algunas de sus manifestaciones a un extraordinario desarrollo. Sobre el modo admirable como los incas trabajaron el oro, la plata, el cobre y el *champi* o bronce incaico, nos brinda esta colección pruebas irrefutables. Privativa de los incas parece que fue una particular manera de fabricar ciertas figurillas huecas a base de chapa de oro o plata, ya que cuando representan hombres, todos ellos son "orejones". De chapa es también una pieza excepcional de oro, adornada con un extraño repujado idolátrico. Cultivaron asimismo el arte del embutido o incrustación, descollando en esta técnica, entre otras muchas piezas, dos *tumis* o cuchillos de maravillosa factura. Y ya que se trata de armas, nos referiremos al hacha llamada *cuncacuchuna*, o cortapescuezos en su traducción literal; al *lihui*, especie de rompecabezas, al mismo tiempo que arma arrojadiza; al *champi*, en forma de estrella, que fue el arma inca por excelencia; etc. De todas ellas se encuentran en la colección ejemplares sobresalientes.

De metal son también numerosos objetos de adorno y tocador, diademas, *tupus* o prendedores, collares, depiladores, limpiaoídos.

No faltan asimismo muestras de los instrumentos de que se servían para hilar y tejer; éstos, generalmente de hueso, con adornos variados. Y entre los tejidos, raros porque el clima del Cuzco no se presta a la conservación de material tan perecedero, destacan piezas de admirable vistosidad y técnica muy perfeccionada.

Por último, antes de dar por terminada esta ligera revista, haremos mención de una serie de objetos varios que, aunque peruanos, proceden de culturas diferentes de la incaica. No son muy numerosos, pero sí notables. Algunos de Tiahuanaco, raros de Nazca, los más de Trujillo, representado por media docena de objetos de primer orden.

Con esto, nuestro trabajo llega a su fin. Ojalá logre despertar el interés de algunos lectores hacia estos asuntos, para nosotros un poco exóticos, más por ello cuán apasionantes. A los que sientan la atracción de estas materias, nos atrevemos a recomendarles una visita a la colección Larrea, que, por algún tiempo, queda instalada en el Museo Arqueológico Nacional, y sobre cuya excepcional importancia creo que no les cabrá ya duda alguna. Y una vez en el Museo, se decidirán a contemplar las colecciones americanas pertenecientes al Estado. Y su visita les procurará enseñanzas y deleite.

[-694→láminas]

Lámina I



Animal estilizado, cerámica negra (n.º 189)



Turquesas talladas



Cabeza de granito de un emperador inca.